

24 de noviembre
**SAN JUAN
DE LA CRUZ,**
Confesor y Doctor de la Iglesia

n. 24 de junio de 1542 en Fontiveros (Ávila), España; † 14 de diciembre de 1591 en Úbeda, España

Patrono de místicos; teología mística; vida contemplativa; poetas españoles.

**La caridad no tiene envidia,
no obra precipitada.**

(1 Corintios 13, 4)

San Juan de la Cruz, de la Orden Carmelitana y émulo de Santa Teresa, tenía tal amor por Dios, que bastaba la vista de un crucifijo para fundirlo en lágrimas y hacerlo caer en éxtasis. Tres cosas pedía frecuentemente al Señor: la primera, no pasar día sin sufrir; la segunda, no morir siendo superior, y la tercera, acabar su vida en la humillación, el desprecio y la soledad. Fue escuchado. Las odiosas persecuciones de que fue objeto durante mucho tiempo, hasta la misma prisión, no hicieron sino aumentar su dicha. A punto de morir exclamó *¡Gloria a Dios!* y, después, apretando el crucifijo sobre su corazón, extinguióse dulcemente el 14 de diciembre de 1591, a la edad de 49 años.

MEDITACIÓN SOBRE LA ENVIDIA

I. Nada hay que el cristiano deba evitar más que la envidia, porque allí donde ella reina no hay caridad, ni humildad, ni tranquilidad de espíritu. La envidia nos hace enemigos de Dios, de nuestro prójimo y de nosotros mismos. Lo más raro es que el envidioso se hace más mal a sí mismo que a los demás. La dicha del prójimo tórnalo miserable y lo condena; se aflige a sí mismo sin poder hacer mal a los otros. *El envidioso es el enemigo de su salvación más todavía que del prójimo (San Cipriano).*

II. Tiénese envidia de los bienes del espíritu y de los bienes del cuerpo, de los bienes de la naturaleza y de los bienes de gracia. ¡Qué locura envidiar en tu prójimo aquello que Dios, en su liberalidad, le concedió, o aquello que él adquirió mediante su trabajo! Los bienes de la tierra muy poca cosa son para que sean objeto de tu envidia; en cuanto a los dones y favores de Dios, si los deseas, eres un insensato envidiando a los demás, porque éste es el medio, precisamente, con que no los obtendrás.

III. Para corregirte de este vicio, hay que buscar las fuentes, que son la vanidad y la falta de caridad. Considera, además, las penas que te causa la envidia y los pecados que te hace cometer; arruina tu salud y tu reputación. ¡Desdichado! ¡Imita el bien que ves en los demás, y no tendrás motivo para envidiarlos! Si no puedes imitarlos, alégrate de que practiquen la virtud y sigan el camino del cielo; es la manera de participar de sus méritos. *Imita a los buenos, si puedes; si no puedes, alégrate con ellos (San Cipriano).*

La modestia en la Iglesia.

Orad por los sacerdotes.

Oh Dios, que habéis hecho de San Juan de la Cruz, vuestro confesor y Doctor,
un amante apasionado de la Cruz y de la perfecta abnegación de sí mismo, concedednos la gracia de llegar,
caminando por sus huellas, a la gloria eterna. Por J. C. N. S.